

Campo Larraondo, Manzanera

32

415

415
35

BIOGRAFIA

DEL DOCTOR

*Manuel Mariano del Campo
Larraondo y Valencia,*

PRESBITERO,

ESCRITA POR EL MISMO

EN VERSOS ENDECASILABOS PAREADOS :

con notas.

Y DEDICADA

*à su muy querida, discreta y virtuosa
sobrina, la Señora*

Matilde Poubo de Arboleda.



POPAYAN:

Imp. de la Univ. por GUILLERMO FIGUEROA.

1847.



A DIOS, yo me despido, ò Musa mia,
 De tu fiel y constante compañía :
 Y por la última vez mi pecho inflama,
 Antes de que se extinga aquesta llama,
 Que apenas arde : ven, templa la lira,
 Y no alegres canciones tu me inspira,
 Ni tampoco los horrores de la guerra,
 Ni las locuras que este mundo encierra.
 Hubo un tiempo feliz, mas hoy tan triste,
 Que á millares los versos me influiste,
 Honestos provechosos, y sin daño,
 Hijos de la razon y desengaño.
 Por consumado todo : levantemos
 Al Cielo nuestros ecos : le debemos
 Un cúmulo de gracias las mas tiernas
 Por sus inmensas dadivas eternas.
 Recordémos algunas, si es posible,
 Con que de la manera mas visible
 Se ha servido la sabia Providencia
 Velar tan fuertemente en mi existencia.
 Marabillas habran, que en dulce espanto
 Se empaparán mis ojos con el llanto.
 Apenas yo sentí la luz primera, (1)
 Cuando sintió mi Madre la postrera. (2)
 Cayó como una rosa, cuando el viento
 La desgaja con impetu violento :
 Doce renuevos huérfanos dejando
 A la sombra de un Padre venerando, (3)
 El mas dulce, mas tierno y mas humano
 De cuantos traspasaron el Océano.

Mas no la hirió la Parca de improviso ;
 Piadoso el Cielo prevenirla quiso
 Con este sentimiento. Agradecida
 Ella se preparò à la nueva vida
 Once meses que me llevó en su seno
 Con un porte tan santo y tan sereno,
 Y con tanta salud y lozania,
 Que nadie queria creer lo que veia.
 Mas muchas madres llenas de clemencia
 Luego me deparó la providencia.

No me puedo acordar, en que momentos
 Aprendí los primeros rudimentos.
 El amor al estudio en mí crecia
 Con los años : y por fortuna mia
 Logré de unos Maestros, cuya gloria
 Nunca se borrarà de la memoria,
 Muy profundos en la latina lengua,
 La lengua de los sabios, que hoy con mengua
 De la era, llamada de las luces,
 Cubierta està de sombras y capúces.
 Estudié yo despues filosofía
 Con otros de no menos nombradia,
 Y el Derecho de Gentes, y el Romano,
 Y el de la Iglesia, con el Castellano. (4)

Pocos frutos coji de mi porfia ;
 Que otrá pasion con dulce tirania
 Mi tiempo dividia con mis sudores :
 Aquesta era la caza. Sus favores
 La bella Diana, y la gentil Minerva
 Me ofrecian juntamente y sin reserva.
 Cuando iba solo, cuando no podia
 Tener de mis amigos compañía,

(3)

Llevando el veloz rayo en la una mano,
Y en la otra llevando al gran Mantuano,
Sus sencibles pastores escuchaba,
O una ave, ó una cierva yo atrapaba.

Cuando en partidas, que eran muy frecuentes,
Hacia estos ejercicios inocentes,
Con multitud de alegres compañeros,
Amigos francos, dulces y sinceros,
Llevabamos la imàgen de la guerra
Unas veces por agua, otras por tierra :
Por doquiera volando en los Rozines
Al par de fogosísimos Mastines :
O bien corriendo en fràgiles maderos
Por abundosos placidos esteros.

¿ Con qué pinceles bosquejar podria
El chiste, el alborozo, la alegria,
Que rebosaba en todos à la vista,
Que ofrecia de las prezas las conquista ?
¿ Cuando de un arbol à la grata sombra,
Tendidos sobre la verdosa alfombra,
De dos graciosos círculos rodeados,
De perros y caballos ya cansados,
Un rústico banquete se ofrecia
De lo que cada cual llevado habia ?
¡ Mas dulce y delicioso ciertamente,
Que cuanto en mesas reales se presente !
¡ Edad de oro, en que el furibundo Marte
Aun no podia tener alguna parte !

Con un tezon tan vivo y tan urgente,
Y el de las bellas letras juntamente,
Era muy poco lo que yo aprendia
En los estudios serios que seguia.



(4)

La dulce amenidad me enamoraba,
Y la mística aridez me atormentaba.
Yo no sé como mi alma estaba hecha,
Y con su inclinacion tan satisfecha.
Pero à mi vanidad, y à la obediencia
De mi Padre cediendo sin violencia,
Emprendí un viaje para el mediodia,
Para obstar en aquella Academia
La honorífica borla lizonjera, (5)
Corona de mi afan ¿Mas quien creyera
La injusticia, ignorancia y torpe celo,
Que en odio de mi Patria, y mi desvelo
Por tanto tiempo y penas me vejaron,
Hasta que à mi victoria no cesaron?

Entré luego al Santuario : no me olvido (6)
Que por manos de un Angel yo fui ungido :
Pues de tan grande Nombre, la medida
Llenaban su virtud esclarecida,
Su heroica infatigable providencia,
Su celo, su saber y su clemencia.

A pocos años el Imperio Ibero
En ruinas se deshace al golpe fiero
De un ambicioso Corso, à quien la tierra,
Y todo cuanto en su ambito ella encierra,
Pequeño le parece ciertamente. (7)
Despues de dar la ley al continente,
Movido de un delirio el mas profundo
Pretende encadenar al Nuevo Mundo.
Mas una sola voz, un eco solo
Resuena por el uno y otro polo :
¡ Ven, dulce Libertad ! ¡ O Independencia !
¡ O derechos sagrados ! la sentencia

«**Està ya dada por el Juez Supremo ;**
«**Habiendo pues llegado al punto extremo**
«**El tiempo prefijado à su paciencia**
«**Contra la larga Gotica violencia.**»

¿**En este incendio, que lo abraza todo**
Con furor indecible, de que modo
La dulce Popayan habria podido
Resistir al momento, decidido
Por la eterna razon ; pues lo pedia
La misma Religion tan justa y pia
De la naturaleza en consonancia
Para su bien, su gloria y su abundancia. ?

De increíble entusiasmo arrebatada
Entra pues en la lid mi patria amada :
Consultando medidas, desde luego, (8)
Que aseguren el órden y el sociogo
Contra los fuertes pèrfidos engaños
De enemigos domésticos y estraños.

Yo no sabia que hacer, cuando veia
La nueva y bella senda, que se abria,
No para mi ambicion y conveniencia,
Lo que una infamia fuera, una indecencia ;
Sino para cumplir con los oficios,
Y con todos aquellos sacrificios,
Que una tan buena madre y tan querida
De sus hijos exige, hasta la vida.
Tantos amigos, deudos, compañeros
Con sus discursos justos y sinceros
Dulcemente mi alma disponian,
Y de grandes consuelos la asistian.
El ejemplo por fin, y aprobaciones
De innumerables inclitos varones,

En quienes à la par resplandecia
 Honor, integridad, sabiduria,
 No solo en Popayan, en toda parte,
 En que el Cielo su bella luz reparte,
 Me arrastró con un impetu violento,
 Asi como à una pluma lleva el viento.

Todo se nos reia, nos festejaba,
 Rosas el suelo à nuestros pies brotaba :
 Y un porvenir inmenso, el mas glorioso,
 Se presentaba al corazon ansioso,
 Trayendo vivamente à la memoria
 De las viejas repùblicas la historia.
 Llenos pues de un sublime y dulce fuego,
 Que no sabré explicar, saltamos luego
 En ese mar sin fondo y sin orilla,
 Y sin leve temor de la barquilla :
 Leche nos parecia : un suave ambiente
 Desplegaba las velas anchamente :
 Sereno el Cielo estaba, el norte hermoso,
 Y la esperanza firme, el fin glorioso.

¡O suerte humana desgraciada y fiera!
 ¡O que ilusion! ¡Que engaño! ¡Que quimera!
 Dentro de poco se embrabece el cielo,
 Truena, relampaguea, la llama, el yelo
 Y un furioso huracan tan impiamente
 Al oceano commueve enteramente
 Con un tezon tan barbaro y porfiado,
 Que el sol ya siete lustros ha mirado
 Con muy grave sorpresa, aun con ternura
 Tanto naufragio, tanta desventura.
 ¡Que pocos dias serenos entre tantos
 En luto envueltos, lágrimas y espantos!

(7)

¡O que impia, funesta y cruda guerra
Inicuos hijos de la misma tierra
A veces nos movieron, y otras veces
Los vándalos feróces y soeces
De nuestra sangre y bienes tan sedientos,
Monstruos sin religion sin sentimientos!

¿No es cierto, Popayan, que hasta las heses
Del dolor agotaste tantas veces?

Cesemos, Musa, que imposible fuera
Trazar aun una sombra verdadera:

Y ya mi corazon se despedaza,
Recordando unos males tan sin taza;
Pues los anales de la grave Historia
Harán de cada escena fiel memoria.

¿Y que podré decir de esas cadenas
Entretregidas de terribles penas,

De riesgos de la vida, de quebrantos,
Injurias, robos, perdidas y llantos,
Que tantas temporadas he sufrido

Barbara, injustamente perseguido
En la Quinta, el Poblado, y la Montaña

Por los Dacianos de la fiera España,
Por Saturninos, Clodios, Catilinas,

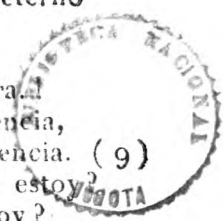
Hijos infames, razas serpentinias,
Que para nuestro mal y oprobio eterno

Vomitó entre nosotros el Averno?

¡Que tiernas elejias aquí exhalàra,
Si el Cisne de Sulmona me ayudàra!

En fin salvé el honor y la conciencia,
No haciendo á nadie daño, ni violencia. (9)

¿Mas dime, Musa, ahora como estoy?
¿Cual és mi suerte, para donde voy?

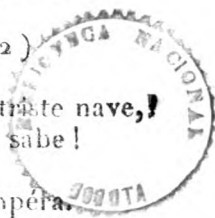


Despues de haber vivido tantos años
 Entre grandes sucesos tan estraños,
 Aun mas en soledad, que en compañía,
 O con fortuna pròspera ó impia :
 Hecho el juguete de continuos males,
 Lleno de desengaños sin iguales :
 La fuerza de los miembros ya perdida,
 La luz de la razon enflaquecida :
 Y ya escribiendo con la izquierda mano,
 La otra baldada desde muy temprano :
 Mi patrimonio todo en desventura,
 Sin mas consolacion que la lectura :
 El umbral del sepulcro en fin pisando,
 Y al hombre à su locura abandonando :
 Elegì de éste pueblo la morada, (10)
 A esperar de mi dueño la llamada.

¡ Pero qué soledad ! ¡ En qué profundo
 Silencio estoy mirando aqieste mundo,
 Que antes me acariciaba, en quien sentia
 Multiplicarse la existencia mia
 Con infinitos lazos, lazos de oro,
 Que deshechos estàn ! ¡ O eterno lloro !
 Por doquier que mis ojos yo convierto,
 No encuentro mas que un horrido desierto,
 Sombras de muerte, tàmulos helados,
 Ruinas del tiempo, lamentables hados.

De doce hermanos el postrer nacido,
 Sobrevivir à todos he podido :
 Yo envidiaba su bella lozania,
 Y por mi vida cada vèz temia.
 Y en la edad en que estoy, aun mas me admiro.
 Rindió mi Padre su último suspiro :

Esa tan dulce dadora del Cielo,
 Ese tan fiel amigo y buen consuelo.
 ¡Como se abisma mi alma en pesadumbres,
 Cuando recuerda aquellas muchedumbres
 De parientes, amigos, compañeros,
 Tan apreciables, fieles y sinceros! (11)
 ¿En dónde se halla, cual la suerte ha sido
 De ese ilustre cúmulo y florido
 De Atletas denodados, que à manera
 De los que Grecia y Roma nos numera,
 Libertaron la tierra de tiranos
 Con sus luces, sus bienes y sus manos?
 En dónde están ahora? De mil modos
 En la region de olvido yacen todos.
 Un residuo muy corto se ha salvado
 Entre tantos tormentos que ha pasado :
 Memorias vivas de la cruel pendencia,
 Prodigios de una oculta providencia,
 Objetos de mi amor y de mi aprecio,
 Y de la Patria el venerable precio.
 ¿Y cuanta ha corrido de la sangre mia
 En tan abominable guerra impía?
 ¡O si con ella merecer pudiera (12)
 Una paz y concordia verdadera
 ¡Mas ay de mí! ¿Qué escucho? ¡O triste nave,!
 Nuevas borrascas sufriras? ¡Quien sabe!
 Pero no temas : tente : fiel espera
 En quien al viento y à la mar impérea.
 Basta, Mariano, piensa en lo futuro
 Con animo tranquilo y bien seguro ;
 No en los negocios frágiles y vanos
 De esta ingrata region : yà de tus manos



Y á tu vista se escapa sin remedio,
 Como esa nubecilla, que en el medio
 Del Cielo agita y la discipa el viento,
 O aquellos sueños de que en un momento
 Cesa el encanto, la ilusion fenece,
 Y toda vanidad desaparece.

Piensa en la eternidad, que ya te aguarda,
 Pues á tocar tu puerta ya no tarda
 El Padre de Familias. De una vida
 Tan larga, tan mundana, y distraida
 Y ocupada tan poco en su servicio
 Te hará muy largo, y muy severo juicio.

¿Mas cómo desconfiar de un Dios tan bueno,
 Que todo es caridad, cuando á su seno
 Llamando está á los pobres pecadores,
 Para que detestando sus errores,
 Se laven con la sangre del Cordero,
 Que por ellos vertio sobre un madero,
 Sangre Divina de infinito precio,
 Que de la redencion fué el justo precio?

Ve pues aquí mis últimos cuidados,
 O honor del sexo bello en tres estados:
 O mi buena Matilde, si en tu pecho
 Hallan lugar mis versos, satisfecho
 Quedaré de mi afan: y con tu agrado
 Mi agradecido amor será pagado.
 Recibe mi postrera despedida, (13)
 Hasta juntarnos en la eterna vida:
 República de paz, de gloria abismo,
 Que tanto durará, cuanto Dios mismo.

(11)
NOTAS.

(1) El día 12 de Abril de 1772, Domingo de Ramos à las 5 de la mañana, en Popayan.

(2) La Señora D. Maria Ignacia Valencia.

(3) El Señor D. Francisco del Campo Larraondo, natural del Señorío de Vizcaya.

¿Y no me será permitido recordar ahora las circunstancias raras y consoladoras de su muerte? Habiendo ido à visitar à su sobrino político, el Señor D. Joaquin Valencia, que se hallaba gravemente enfermo, al regreso tropezò en una piedra y cayò de bruces, pero sin lesion notable. Luego que entrò en casa, refirió su desgracia à los hijos que se hallaban presentes, anunciandoles que ésta habia sido su última salida. En efecto llamó despues à su confesor, que lo era el P. J. Francisco Pugnet, Franciscano y se preparò para la eternidad. Hecho esto mandò à traer un escribano y revisando sus papeles, ordenó su última voluntad. Conociendo luego, que sus fuerzas iban debilitandose senciblemente, se puso en el lecho y habiendo recibido los últimos sacramentos y dado sus bendiciones à los hijos presentes y ausentes con una admirable serenidad, y sin dolor, calentura, ni mas indisposicion que un gran fondo de debilidad, entregò su alma al Criador con la confianza que solo puede dar una vida honrada y cristiana.

(4) Mis maestros en latinidad fueron los Señores DD. Ignacio Rebolledo, Joaquin Daraviña y Francisco Javier Rodriguez, Presbiteros: en Filosofia los SS. DD. Joaquin Rodriguez y Feliz Restrepo: En derecho natural y de gentes el S. D. Francisco J. de Caldas: en derecho civil el mismo Restrepo y el S. D. Marcelino Atroyo Presbitero: y en el canonico el S. D. Manuel Maria Arboleda, Presbitero: siendo Rector del Colegio Seminario el S. D. Juan Mariano Grijalba, Presb.

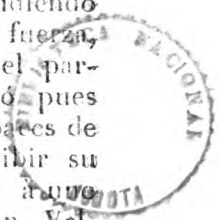
(5) La Universidad de Quito: la que conducida en su mayor parte por ciertas pasiones viles, que sería tan prolijo como molesto referir, me objetó la nulidad de los estudios mayores de Popayan con una grosera contradiccion; pues ya me habia conferido el grado de Bachiller en ambos derechos: y pocos años antes todos, à los SS. Teodoro Regules, Luis Quijano y Toribio Rodriguez, que hicieron sus cursos en Popayan. Fue necesario sostener un litis tan desigual como arriesgado para mí. Pero al fin triunfó la verdad y la justicia.

Habian ciertamente en aquel muy ilustre cuerpo hombres de mucho saber ¡Pero otros! Me hacia sudar cuando me argüia en mis actos académicos un cierto catedrático y agente fiscal de la Real Audiencia, sumamente atrasado en la forma silojistica, en el idioma latino, y aun no poco en el castellano.

(6) En principios de Junio da 1797 me

confirió las Ordenes el S. D. D. Angel Velarde y Bustamente, natural de Castilla la Vieja. Le debo recuerdos sumamente tiernos y agradecidos por el cariño con que me distinguió y por la confianza con que sin el menor mérito se sirvió honrarme con algunos destinos de que no quiero hacer memoria, así como no la haré de los que me han confiado sus dignos sucesores: como de ninguno de los que obtuve, ya políticos, ya literarios antes de la revolución, en el discurso de ella y hasta que ésta escribo. Así tampoco recordaré los servicios tales cuales, que he prestado à la juventud y al público por la prensa. Quiero imponer silencio no solamente à mi vanidad, sino tambien à la ridícula impudencia de ciertos ribales absolutamente voluntarios, por si acaso en algun tiempo esto llega à publicarse.

(7) Cuando en 1808 José Bonaparte tomó en Madrid posesion de la corona, por las renunciaciones que hicieron de ella en Bayona los Borbones en favor suyo y de su hermano Napoleon, Emperador de los Franceses, se titulaba Rey de España y de las Indias. Y no pudiendo por entónces apoderarse de éstas por la fuerza, como lo habia hecho de aquella, tomó el partido de la maña y del engaño. Despachó pues 28 españoles de toda su confianza y capaces de seducir los pueblos y disponerlos à recibir su dominacion. En Popayan conocimos mucho à uno de estos pseudo-apóstoles, llamado D. Juan Vel-



monte, jóven dotado de todas las prendas y cualidades propias para desempeñar su empresa. Pero él se despechò con la repulsa y la mofa que experimentò por todas partes: tomò una fuerte dosis de laudano: durmió tres dias: y en fin à medio convalecer se fugó una noche, temiendo y con razon algun arresto, ò tal vez otra desgracia, de que estaba amenazado. No puedo dejar de hablar del pasaporte, con que viajaba. Este consistia en una carga de baules, llenos de las telas mas exquisitas y de otros efectos mui raros; que jamas llegaba à expender porque cada vez subia los precios, ò proponia otras dificultades. Facilmente se comprende el misterio que habia en todo este manejo.

(3) En 11 de agosto de 1810, se celebrò un Cabildo abierto plenisimo en el que se acordó la instalacion de una junta provincial de seguridad, bajo la autoridad del Señor Coronel Carlos Montufar, como comisionado especial de la Real Regencia existente en Cadiz. Ella se compuso de cinco miembros, que fueron el Señor Gobernador D. Miguel Tacon, español, en calidad de Presidente, de los SS. D. José M. Mosquera, Dr. Marcelino Arroyo, Mariano Lemus, Manuel Dueñas, y Dr. Francisco Antonio Ulloa, como secretario: todo provisionalmente, mientras se elejian los Diputados de toda la provincia. Pero aquel sàtrapa orgulloso no acomodandose à gobernar bajo la direccion de aquel ilustre cuerpo, puso por obra quan-

tos recursos le sujirió su astucia y sagacidad, sin perdonar los mas bajos, hasta engañar á unos pueblos dóciles y religiosos con todo el aparato del fanatismo y la supersticion. Les hizo creer, que la causa de España, aun tan desesperada como estaba, era la causa de la religion y los patriotas unos hereges declarados. Le sirvieron admirablemente y aun mas allá de sus deseos muchos sacerdotes regulares y algunos seculares, los mas de ellos españoles. Hizo venir de Pasto muchas fuerzas de caballeria, opriniò la junta, aterrò á todos los buenos ciudadanos, levantò un ejército muy respetable, echò la mano sobre los tesoros públicos, que eran muy cuantiosos, y en fin, se puso en marcha para el Valle del Cauca en 28 de Marzo de 1811 con el proyecto de sojuzgarlo enteramente. Pero saliéndole al encuentro en Palacé el Sr. Brigadier Antonio Baraya con las pocas tropas que mandaba la junta de Santafe, y las muchas que habia organizado él mismo en Cali, colectadas en todos los distritos de dicho Valle por los grandes esfuerzos de sus cabildos y de algunos generosos y ardientes patriotas entre los que se distinguió sobremanera el jóven Alferz Real S. D. Joaquin Caicedo y Cuero : vuelvo á decir que alli quedó Tacon completamente batido. Esto basta para mi intento : lo demas pertenece á la historia.

(9) Me limitaré á hablar del año de 16, el mas lamentable y aciago para toda la Republica y para mi. En saqueos y contribuciones

quedé despojado de todos mis ganados : se me quitaron los esclavos con sus herramientas para abrir el camino de Anchicayá, à mas de suministrarles las raciones para sostenerlos en la empresa : me tubo preso en este pueblo un español brutal, teniente de husares, llamado D. Ramon Escames, hasta entregarle quinientos pesas en dinero, como vecino de Caloto, por disposicion de su cabildo : à pocos dias el de Portocabello me arrancò con fuertes apercibimientos una suma de dos mil pesos, tambien como à vecino de aquella jurisdiccion : mis justas reclamaciones solo sirvieron para irritar mas su atrabilis, como consta de un decreto ridículo y absurdo, pero que en verdad me honraba mucho, atestado de quince firmas y el que por curiosidad conservo todavia. Fué necesario hacer los mas tristes sacrificios para libertarme de ir à gemir en las bóvedas de Portocabello, como estaba amenazado. Pero este cuerpo llamado excellentísimo por la mas pesada burla, como muy ilustre el de Caloto, no eran mas que unos instrumentos miserables de la inhumanidad y barbarie de los públicos verdugos, Samano, Warleta, Tolrrá etc. Así es que ese horrible club causó males infinitos à la porcion mas honrada y benemérita de la capital.

Es fácil concebir cuantas penas y peligros sufriria yo en una soledad, en que de dia y de noche era sorprendido, insultado, amenazado con las àrmas en la mano y despojado de la ropa, muebles y hasta de los alimentos mas necesas,

rios para conservar mi desgraciada existencia, la de mis criados y de algunos amigos que habian buscado en mi casa su consuelo y su seguridad. Pero para colmo de mis infortunios quedaron en la misma época reducidas à ceniza dos posesiones con mis casas de habitacion y una hermosa capilla, que pocos años antes habia construido, por verme obligado en aquellos mismos dias à buscar algun asilo en las montañas, abandonando cuanto tenia. Pueden verse estos y otros acontecimientos en mi cuaderno número 2.º de Razgos Poeticos en la Carta Jocosera que escribia entònces al Patriarca de la Revolucion y mi grande amigo el Sor. Mariano Lemus, bajo del nombre de Fabio Publicola, y suscrita en Monchique en 10 de diciembre de 1816.

(10) De Quilichao. Dos razones muy poderosas me obligaron, à pesar mio, à dejar mi amada y antigua soledad. Me era necesario un temperamento mas análogo y abrigado segun el mal estado de mi salud: no habiendome sido posible establecerme en Cali, como lo deseaba y solicitó algunas veces, porque sus calores eran insufribles para mi; ni tampoco en mi adorada patria por su temple humedo y frío, sin embargo de las innumerables tentativas, que hice desde el principio. Una muy prolija y siempre tristisima experiencia de acuerdo con los preceptos de los médicos mas habiles fijó al fin mi suerte en estos paises para la conservacion de una vida amenazada desde los 18 años de edad de resultas de un reumatismo, que me

atacò entonces, y que miserablemente suspendió por dos años el curso de mis tareas escolares. Pero el principal motivo de establecerme aquí, fué el de buscar el remedio de mis necesidades espirituales, por haberse consumado mi inhabilidad para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa.

(11) Me contentare solamente con hablar de mis primos hermanos. Pasamos de sesenta, y hoy existimos dos, la Señora Paula Valencia del Ponton, y yo,

De sesenta y ocho juvenes, que entramos à cursar Filosofia, no sobrevive otro, que mi condicípulo el Sr. José M. Castro y Rodriguez.

De cosa de cien cazadores, mis compañeros en diversos tiempos y lugares, solamente me acuerdo que vive el Sor. Dr. José Maria Cuero y Caicedo.

De esa multitud innumerable de sujetos, hijos de Popayan, de todas circunstancias, que ya mas, ya menos, segun sus fuerzas, abrazaron la causa de la libertad americana en 1810, apenas puedo traer à la memoria los siguientes, que viven todavia—Los SS. Pedro Murguettio, Manuel José Castrillon, Dr. Manuel M. Quijano, Dr. Joaquin Mosquera, Francisco Antonio Pombo, Javier Valencia, Felipe Largacha, José Lemus, Dr. José Antonio Arroyo, Francisco Mariano Urrutia, Manuel Ventura del Basto, Dr. Joaquin Cagliao, Estevan Perez, Marcos Antonio del Basto, Mariano Paredes, Nicolas Urrutia, Tomas Ayerve, Ilario

(10)

López, Manuel José Urrutia, José Antonio Caidedo y Laureano López.

(12) De mis sobrinos he perdido en la causa de la independencia à los siguientes :

En Banquillos

A los DD. Miguel Pombo, Francisco Antonio Ulloa, Ramon Rebolledo, Silvestre Ortiz y Pedro Felipe Valencia.

En campos de batalla,

A Fidel Pombo, Juan José Valencia, Manuel Maria Larraondo y José Maria Saens.

En destierros y otras calamidades de la guerra,

Al Dr. Mariano Arroyo Presbitero, à Mariano Valencia de Valencia, Mariano Valencia de Ibarra, y à mi hermano Nicolas.

(13) Ya habrás visto, mi querida Matilde, que en una relacion tan larga, y tal vez mui impertinente nada hay de grande ni famoso, que merezca la atencion publica; pues mi vida por jenio, por estudio, por el mal estado de mi salud, y tambien algunas veces por la suerte de las cosas humanas, ha sido muy privada; y distante en la mayor parte de los teatros, donde se adquieren méritos, glorias, conveniencias, y nombradas. Pero sabes tam-

Bien, que dentro del dulce y sagrado recinto de la amistad lo mas pequeño, lo mas simple, y aun lo que carece de nombre, tiene, yo no se qué importancia y encanto, que solamente pueden gustar los que se aman de veras en el Señor.

Quilichao, 16 de febrero de 1847-

M. M. del C. L y V.